

De *El Fin Principal del Hombre*, Sept/Oct 1993

Dios Glorificado... en Nuestro Llamado

Alan Maben

© 1993, 1999 Alianza de Evangélicos Confesantes

Cuando se trata del trabajo muchos Cristianos sienten como si tienen mucho en común con la figura mitológica de Sísifo. Sísifo, habiendo enfadado a los dioses, es condenado por ellos a la tarea de empujar eternamente una roca montaña arriba. Tan pronto como llega a la cima con su carga, la roca rueda a lo largo de toda la pendiente por la cual acababa de ascender. Sísifo regresa al valle para repetir sus inútiles y aburridos esfuerzos. Albert Camus, el escritor existencialista, comenta, “[los dioses] habían pensado, con alguna razón, que no hay castigo más espantoso que la labor inútil y sin esperanza.”

¿Mito distante o realidad personal? Este escenario de labor sin sentido describe con mucha frecuencia nuestras experiencias en el trabajo. Tenemos una certeza interna de que nuestra necesidad de trabajo significativo, con propósito y satisfactorio contradice nuestra experiencia del monótono trajín diario. Charles Colson relata como esta contradicción entre la desesperación y el trabajo sin sentido, y nuestra necesidad de propósito afectaron a los prisioneros en un campo de concentración Húngaro durante la Segunda Guerra Mundial.

El oficial Nazi le ordenaba a los prisioneros que palearan arena y la echaran en unos carruajes. Luego tenían que acarrearla hasta el otro extremo de la planta. Al siguiente se repetía el proceso, solo que al revés. Se les ordenaba que movieran una enorme pila de arena negra al otro extremo de las barracas. Día tras día transportaban la misma pila de arena de un extremo a otro del campo. Un hombre ya mayor comenzó a llorar incontrolablemente; los guardas lo sacaron a rastras. Otro chillaba hasta que fue obligado a callarse a golpes. Luego un hombre más joven que había sobrevivido tres años en el campo intentó escapar del grupo. Los guardas le gritaban que se detuviera mientras corría hacia la cerca electrificada. Los otros prisioneros gritaban, pero fue demasiado tarde; hubo un relámpago de luz y un ruido crepitante mientras el humo salía de su ardiente carne. En los días que siguieron, docenas de prisioneros se volvieron locos y huían de su trabajo, solo para ser balaceados por los guardas o electrocutarse en la cerca. El comandante, con aire de suficiencia, señaló que pronto “no habría más necesidad de usar el crematorio.”

Frente a tal desesperación, el vivir con propósito y con significado demanda que nosotros que lo que seamos, los portadores de la imagen de Dios, esté directamente relacionado con lo que hacemos. Incluso nuestras teologías sistemáticas reflejan esta relación entre el trabajo y las personas como portadoras de la imagen de Dios.

Descubrimos la importancia de la persona y del trabajo a partir de la persona y el trabajo de nuestro Creador. Después de todo, somos hechura suya. Él está activamente involucrado en su Creación, y Él es quien nos llama a ser *colaboradores* con Él. El “llamado” y la “vocación” son idénticos en tanto que se aplican a nuestras responsabilidades terrenales. Particularmente en la Biblia el término conlleva el significado de ser llamado para un

propósito particular. “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” (Fil. 2:13) Él también hace esto en nuestro llamado terrenal, equipándonos con deseos y habilidades para realizar tareas aquí en la tierra.

Incluso los no creyentes reconocen la relación en nosotros entre quienes somos y lo que hacemos. Después de la Segunda Guerra Mundial la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Entre otros asuntos declara en el Artículo 23 que el derecho a trabajar es un derecho humano. Este no es un asunto de interés insignificante entre los pensadores internacionales. En respuesta a la Segunda Guerra Mundial, la organización de Estados Americanos publicó la Declaración Americana de Derechos y Deberes del Hombre. El Capítulo 1, Artículo 14, dice: “Toda persona tiene el derecho... a seguir libremente su vocación, en tanto que existan las condiciones reales para el empleo.” El Capítulo 2, Artículo 37 del mismo documento dice que el trabajo es un deber. “Es el deber de toda persona el trabajar, en tanto que su capacidad y posibilidades lo permitan, con el objetivo de obtener los medios para el sustento o para beneficio de su comunidad.”

La cultura Americana ha tomado este concepto de la vocación o el llamado y lo ha moldeado a su propia imagen. En sus comentarios de las actitudes e impacto de Benjamín Franklin sobre el tema, Max Weber concluyó que “la ganancia y obtención de dinero en el orden económico moderno es, mientras se haga legalmente, el resultado y la expresión de la virtud y la competencia en un llamado.” La virtud y la competencia en un llamado son útiles porque le traen éxito financiero al trabajador, como lo muestra incluso una mirada superficial a la Autobiografía de Franklin.

Algunas personas consideran que la respuesta a la cuestión es llevar a cabo el trabajo de uno. ‘¿Cuál es el significado de la vida?’ Una vez, siendo él mismo prisionero en un campo de concentración Nazi, Víctor Frankl afirmó que uno debe descansar en el logro de su “misión en la vida” para darle significado a la existencia, en lugar de buscar un “significado de la vida” que fuese abstracto. Frankl continúa,

“En eso no puede ser reemplazado, ni puede su vida ser repetida. De este modo, la tarea de cada uno es tan única como lo es su oportunidad específica para implementarla. Sin embargo, la mayoría se consideran como responsables ante Dios; estos representan a aquellos que no interpretan sus propias vidas nada más en términos de una tarea que les ha sido asignada sino también en términos de Aquel que se las ha asignado.”

Los comentarios de Frankl dejan sin contestar la pregunta, “¿Qué significado existe para el trabajo si no hay Dios que lo dé?” La idea de Frankl, de que la misión completada es el significado de la vida no ofrece seguridad, ni psicológica ni de otro tipo. Para crédito suyo reconoce que la única opción viable es un Creador que nos recluta para trabajar para Su gloria. Su conclusión (la de Dios) difiere del sistema de éxito de Frankl, donde la virtud y la competencia son útiles porque producen ganancia financiera y status social.

En nuestro día, el status del llamado se pone en peligro por los errores arriba mencionados, y por la secularización de una cultura industrial segmentada. El sociólogo Robert Bellah

explica:

“En el contexto del llamado, entrar a una profesión [era] asumir una función definida en una comunidad y operar dentro del orden cívico y civil de esa comunidad. La profesión como carrera ya no estaba orientada a cualquier comunidad de cara a cara sino a los estándares impersonales de la excelencia, operando en el contexto de un sistema ocupacional nacional.” La falta de un vínculo crucial entre el individuo y la comunidad general debilita nuestro sentido de “conexión” y la importancia de nuestro vivir y trabajar en la creación. Nos beneficiamos del trabajo como criaturas sociales. “El empleo le ofrece al individuo no solamente viabilidad económica sino también una experiencia de comunidad y un sentido de pertenencia social, una fuente de estructura y continuidad en la vida, y un medio para desarrollar sus talentos y potencialidades al contribuir al bienestar de la sociedad como un todo.”

Dado que esta edición de *Reforma Moderna* celebra la CONFESIÓN DE WESTMINSTER, podemos preguntar, ¿hay alguna pista en ella para establecer una base bíblica para el valor del trabajo? Aunque no hay alguna sección dedicada a la vocación, la doctrina está implicada desde el principio hasta el fin. Por ejemplo, en el Artículo 2, ii, *De Dios y de la Santa Trinidad*, encontramos: A Él son debidos todo culto, adoración, servicio y obediencia que tenga a bien exigir de los ángeles, de los hombres y de toda criatura.” En el Huerto Adán y Eva le rendían a Dios el servicio de la identificación y el mantenimiento del orden. Génesis 1:26-28 afirma dos veces una relación entre el hecho que el hombre es creado a imagen de Dios y que ha sido llamado a ejercer dominio sobre la tierra. Debido a que el hombre es creado a la imagen de Dios, según su semejanza, es capaz de gobernar sobre el resto del orden creado. Similarmente, en el capítulo dos, al hombre se le encarga el mantenimiento del ambiente, su ordenamiento y, de este modo, organizarlo es fundamental para los propósitos de Dios para la vida humana.

El teólogo Reformado John Murray argumenta que el trabajo es un mandato; está incluido en los Diez Mandamientos. Murray declara con respecto al “cuarto mandamiento, que no debiese olvidarse que es el mandamiento del trabajo lo mismo que del reposo.” “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra.” (Éxo. 20:9) “El día de reposo no tiene ningún significado excepto como reposo *del* trabajo.” Dios diseñó el trabajo para Adán y Eva antes que el pecado entrara en el mundo. Antes que el mundo se sumergiera en el pecado, Dios juzgó que el trabajo, como parte de su creación, era “muy bueno.” De hecho, Génesis presenta, de manera muy clara, que Eva era colaboradora junto con Adán.

Dios no convirtió el trabajo en una maldición cuando Adán le desobedeció; aunque la maldición sí incluyó dificultad y frustración en el trabajo del hombre. La maldición está registrada en Génesis 3:17-19: maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirán, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.

Note también que cuando Dios expulsa a Adán y Eva del Huerto para su propio bien, la Biblia dice que Adán aún debía labrar la tierra (Gén. 3:23). El trabajo es, en realidad, un

don de Dios. El autor de Eclesiastés se dio cuenta que “bueno es comer y beber, y gozar uno del bien de todo su trabajo con que se fatiga debajo del sol, todos los días de su vida que Dios le ha dado; porque esta es su parte. Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también facultad para que coma de ellas, y tome su parte, y goce de su trabajo, esto es don de Dios.” (Ecl. 5:18-19) El trabajo, remunerado o no, glorifica a Dios. “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres, sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís.” (Col. 3:23-24; vea también Efe. 6:7) Nuestro empleador es, en última instancia, Dios, no un ser humano caído. Por tanto, el trabajo es para Dios. El trabajo lleva con él la posibilidad de satisfacción en su desempeño. Luego de enumerar varias ocupaciones manuales, el autor de la obra apócrifa del Eclesiástico tiene esto que decir:

Todas estas cosas les son confiadas en sus manos; y cada uno es sabio en su trabajo. Sin estos una ciudad no puede ser habitada; y no vivirán donde quieran, ni subir ni bajar. No serán buscados en el consejo público, ni se sentarán en alto en la congregación; no se sentarán en la silla del juez, ni entenderán la sentencia del juicio... Pero mantendrán el estado del mundo, y todo su deseo se encuentra en la obra de su oficio. (Eclesiástico 38:24-25).

Puede que otros se beneficien, y así debiese ser, de alguna forma de lo que hacemos, pero le robamos el honor y la gloria debidas a Dios cuando pensamos que nuestra labor es valiosa o significativa solo cuando es reconocida por nuestros empleadores terrenales, o que es valiosa solo cuando somos capaces de obtener éxito financiero o personal. De esta manera violamos el primero y el octavo mandamiento.

La sección sobre la providencia en la CONFESIÓN DE WESTMINSTER clarifica la importancia de la vocación. “Dios, el gran Creador de todo, sostiene, dirige, dispone y gobierna todas las criaturas, acciones y cosas, desde la más grande hasta la más pequeña, por su muy sabia y santa providencia, según su inefable presciencia, y el libre e inmutable consejo de su voluntad, para la alabanza de la gloria de su sabiduría, poder, justicia, bondad y misericordia.” Al llamar a los creyentes a tareas específicas en el mundo Dios nos enlista para ser colaboradores en glorificarle. En nuestro trabajo imitamos a Dios y su cuidado y gobierno providencial. Él infunde en nosotros habilidades y deseos de realizar diferentes tareas. Reflejamos la habilidad de nuestro Creador cuando realizamos tareas con nuestras habilidades e intereses. Trabajamos desde nuestras variadas habilidades porque Dios trabaja desde sus variadas habilidades; somos creados a su imagen. Su soberanía asegura que, en última instancia, todas las cosas en este mundo caído le glorificarán y también nos beneficiarán. Cualquiera que sea nuestra circunstancia, cumplimos nuestro propósito como sal y luz en este mundo a medida que amamos a Dios con nuestras vidas. Dios no es autor de confusión; él ordena todas las cosas para su gloria. Calvino basaba su idea de la vocación del orden natural y orgánico que miraba en el glorioso teatro de Dios, su Creación. La relevancia de tal doctrina era obvia para Calvino. John Walchenbach explica: “La convicción de que uno es llamado dio coraje a las personas en una sociedad que se encontraba en un flujo dramático. En la Ginebra del siglo dieciséis se habían derrumbado las estructuras de la sociedad Medieval, a la gente común les fueron dados nuevos poderes, los refugiados se dirigían a la ciudad huyendo de la persecución, y un sentimiento de incertidumbre invadía al orden cambiante.”

Calvino no estaba tratando de reprimir o controlar a las personas para sus propios fines, más bien miraba la sociedad como una parte natural de la Creación, con una estructura orgánica de interdependencia que le era propia. También sabía demasiado bien como deseamos nuestro propio bien por encima del bien de nuestro prójimo. Este orgullo pecaminoso, si se dejaba sin control, cancelaría cualquier significado o beneficio de la sociedad. El teólogo Reformado John Murray hace una importante observación sobre la importancia de la relación entre el trabajo y el orden: Cuando Pablo le recomienda a los creyentes Tesalónicos que se alejen de cualquier hermano que ande desordenadamente y no de acuerdo a la tradición apostólica (2 Tes. 3:6), podríamos pensar que lo que tenía en mente es la falsa doctrina. Sin embargo, el tipo particular de desorden que el apóstol tiene en mente en este caso es el de la ociosidad junto con su vicio acompañante: el de entrometerse en los asuntos de los demás. “Ahora oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entrometiéndose en lo ajeno.” (2 Tes. 3:11).

Murray hace aquí eco de Calvino cuando mira la ociosidad de los Cristianos como algo perjudicial. Calvino argumentaba que “el Señor nos estimula, a cada uno de nosotros, en todas las acciones de la vida a mirar a su llamado. Pues Él sabe con cuanta agitación arde la naturaleza humana, con cuanta inconstancia es llevado de allá para acá, como su ambición desea abarcar varias cosas a la vez. Por lo tanto, no sea que por nuestra vanidad y precipitación pongamos todas las cosas al revés, Él ha señalado deberes para cada hombre en su forma particular de vivir. Por tanto, cada individuo tiene su propio tipo de vida asignado a él por el Señor como una especie de guarda centinela para que no pueda divagar irresponsablemente por la vida.”

Somos mayordomos responsables ante Dios en un mundo caído. Según Calvino, el apóstol “más bien condena esa agitación, que le impide al individuo permanecer en su condición con una mente pacífica, y exhorta, que cada uno se mantenga en su oficio, como reza el antiguo proverbio.” De allí que, nuestras preocupaciones respecto de si estamos haciendo la voluntad de Dios al trabajar en una cierta labor recibe aquí consuelo. Ni estamos atascados en un trabajo particular toda nuestra vida. “Ahora, sería una cosa muy difícil si un sastre no tuviese la libertad de aprender otro oficio, o si un comerciante no tuviese la libertad de orientarse hacia la agricultura.”

Pablo es claro respecto a la importancia de trabajar. “si alguno no quiere trabajar, tampoco coma.” (2 Tes. 3:10) También debemos proveer para nuestras familias. Pablo escribe en 1 Timoteo 5:8, “porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo.” Subrayando una vez más la importancia de participar activamente en nuestra responsabilidad de trabajar en la Creación, escribe, “Procurad tener tranquilidad, ocupándoos en vuestros negocios y trabajando con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera y no tengáis necesidad de nada.” (1 Tes. 4:11-12) Esto también proclamará que Dios el Creador es digno de honor y gloria. “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mat. 5:16) En la Confesión, Sección 26, ii, *De la Comunión de los Santos*, se requiere del sacerdocio de todos los creyentes “... a realizar los otros servicios

espirituales que promueven su edificación mutua; y también a socorrerse los unos a los otros en las cosas externas, de acuerdo con sus diferentes habilidades y necesidades.” Dios no distingue entre los Cristianos profesionales y el resto del grupo. Todos somos responsables por el servicio de “amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos.” Este amor es la base para la admonición de Pablo en Efesios 4:28, “El que robaba, no robe más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad.”

La calidad de nuestro trabajo refleja a nuestro Creador. Si creemos que nuestro trabajo glorifica a Dios, entonces el “control de calidad” se convertirá en algo interno. Este interés en la calidad delante de Dios está claro en Lucas 10:7 “El obrero es digno de su salario,” que hace eco de las palabras de Levítico 19:13 y Deuteronomio 24:14-15. El trabajo, entonces, es una manera obvia de mostrar las buenas obras. C. S. Lewis lo dice de esta manera: “Cuando nuestro Señor le proveyó a una pobre fiesta de bodas un copa extra de vino para todos los presentes, Él estaba haciendo buenas obras. Pero también un buen trabajo; pues era un vino que realmente valía la pena de beberse.”

El trabajo es un don y un mandamiento de Dios para glorificarle. Nos recuerda que nosotros, y nuestras labores, somos significativos. El trabajo también provee para nosotros mismos y nuestras familias, beneficia a otros al mantener el orden en la sociedad, y comparte con aquellos en necesidad. Nuestra labor siempre debe complacer a Dios, y no a los hombres. La pesadez diaria que nos oprime es la consecuencia de tratar de complacer a los patrones humanos. Cuando complacemos a las personas en lugar de complacer a Dios, estamos dispuestos a hacer cualquier cosa que sea necesaria para ganar aprobación, incluso hasta el punto de desobedecer a Dios.

Alan Maben es graduado de la Universidad del Estado de California en Long Beach y de la Escuela de Leyes Simon Greenleaf.